

—De esta tela,—decía,—era el cobertor de la cama de la duquesa de Anville, en la Rocheguyon.

Colocó en la chimenea una figurilla de Sajonia que tenía un manguito sobre el desnudo vientre.

La biblioteca del señor Gillenormand se transformó en despacho de abogado para Mario.

VII

EFECTOS DE SUEÑO MEZCLADOS CON LA FELICIDAD

Los amantes se veían diariamente. Cosette iba á casa de Mario con el señor Fauchelevant.

—Es al revés de todas las cosas,—decía la señorita Gillenormand;—la futura viene al domicilio del novio para que éste le haga la corte.

La convalecencia de Mario lo había exigido así; y los sillones de la calle de las Monjas del Calvario, mejores para los diálogos amorosos que las sillas de paja de la calle del Hombre-Armado, habían contribuido á que se arraigase esta costumbre.

Mario y el señor Fauchelevant se veían, pero no se hablaban. Parecía plan convenido. Toda joven necesita un rodrigón. Cosette no hubiera podido ir á casa de Mario sin el señor Fauchelevant; de modo que éste, para Mario, era la condición de Cosette, condición que él aceptaba.

Al discutir sobre política, aunque vagamente y sin determinar nada, bajo el punto de vista de la mejora general de la suerte de todos, llegaban á decirse algo más que sí y no.

Una vez, con motivo de la enseñanza, que Mario quería que fuese gratuita y obligatoria, multiplicada bajo todas las formas, prodigada á todos como el aire

y el sol; en una palabra, respirable al pueblo entero, fueron del mismo dictamen, y casi entraron en conversación. Mario notó entonces que el señor Fauchelevent hablaba bien, y hasta con cierta elevación de lenguaje. Faltábale, sin embargo, no se sabe qué. El señor Fauchelevent tenía alguna cosa de menos que el hombre de mundo, y alguna cosa de más.

Mario, interiormente y en el fondo de su pensamiento, dirigía todo género de preguntas mudas á aquel señor Fauchelevent, que era para él simplemente benévolo y frío. Ocurríanle de vez en cuando dudas sobre sus propios recuerdos. Había en su memoria un agujero, un punto negro, un abismo abierto por cuatro meses de agonía, y en él se habían perdido muchas cosas. Preguntábase si estaba bien seguro de haber visto al señor Fauchelevent, á un nombre tan grave y tan sereno, en la barricada.

Y no era este el único estupor que las apariciones y desapariciones del pasado le habían dejado en el espíritu; ni debe creerse que estuviese libre de esas insistencias de la memoria que nos obligan, aun siendo dichosos, aun hallándonos satisfechos, á mirar melancólicamente hacia atrás. La cabeza que no se vuelve á contemplar los horizontes ya desvanecidos, no encierra ni pensamiento, ni amor.

A veces Mario se cogía la cara entre las manos, y el vago y tumultuoso pasado empañaba el crepúsculo que tenía en el cerebro. Veía de nuevo caer á Mabeuf, oía á Gavroche cantar bajo la metralla, sentía en sus labios el frío de la frente de Eponina; las sombras de todos sus amigos, Enjolras, Courfeyrac, Juan Prouvaire, Combeferre, Bossuet, Grantaire, surgían ante él, disipándose en seguida. Aquellos seres queridos impregnados de dolor, valientes, ya graciosos, ya trágicos, ¿eran creaciones de su fantasía? ¿habían existido realmente? El motín se lo había llevado todo

en su humo. Las grandes fiebres originan estos sueños. Interrogábase, palpábase y agitábale el vértigo de todas estas realidades desvanecidas. ¿Dónde estaban, pues, aquellos seres? ¿Habían muerto sin quedar uno sólo? Una caída en las tinieblas, de la que él era el único que se había salvado. Parecíale la desaparición que se verifica al correr el telón de un teatro. Hay de estas bajadas de telón en la vida. Dios pasa al acto siguiente.

Y en cuanto á él, ¿era la misma persona que antes? Pobre entonces, ahora rico; abandonado hacía poco, tenía ya una familia; desesperado recientemente, iba á casarse dentro de unos días con Cosette. Figurábasele que había cruzado al través de un sepulcro, penetrando en él negro y saliendo blanco. Los demás se habían quedado en la sombra.

En ciertos instantes, aquellos seres del pasado, apareciéndosele, formaban un círculo al rededor de él y le obscurecían; pero pensaba en Cosette y volvía á estar tranquilo; necesitaba de esta felicidad para borrar de su memoria semejante catástrofe.

El señor Fauchelevent figuraba casi en aquella comitiva de muertos. Costábale trabajo á Mario creer que el Fauchelevent de la barricada fuese el mismo personaje que el Fauchelevent de carne y hueso, tan gravemente sentado junto á Cosette. El primero era, quizá, una de esas pesadillas que se sucedían en las horas de su delirio.

Por lo demás, atendida la diferencia de índoles, no había posibilidad de que Mario dirigiese ninguna pregunta al señor Fauchelevent. Ni era fácil que le ocurriese tal idea. Hemos hecho alusión antes de ahora á este pormenor tan característico.

Dos hombres poseedores de un secreto y que, por una especie de tácito convenio, no hablan de él una palabra, es menos raro de lo que se cree.

Una vez so'la intentó Mario romper aquel silencio. Hizo intervenir en la conversación la calle de la Chanvrerie, y volviéndose al señor Fauchelevant, le dijo:

—Conocéis perfectamente esa calle, ¿no es verdad?

—¿Qué calle?

—La de la Chanvrerie.

—No tengo ninguna idea del nombre de esa calle, —contestó el señor Fauchelevant con el tono más natural del mundo.

La respuesta, que se refería al nombre de la calle y no á la calle misma, pareció á Mario más concluyente de lo que en sí era.

—Decididamente, —pensó, —he soñado. Ha sido una alucinación. Alguno que se le parecía sin duda. El señor Fauchelevant no estaba allí.

VIII

INVESTIGACIONES INÚTILES

El encanto, aunque grande, no consiguió borrar en el espíritu de Mario otros cuidados.

Mientras se disponía el casamiento y llegaba la época fijada, se dedicó á hacer difíciles y escrupulosas indagaciones retrospectivas.

Tenía contraídas deudas de gratitud con varias personas, tanto en nombre de su padre, como en nombre suyo.

Una era la de Thenardier, y otra la del desconocido que le había llevado á casa de su abuelo, el señor Gillenormand.

Mario deseaba encontrar á estos dos hombres, pues no podía conciliar la idea de casamiento y felicidad con la de olvidarlos, pareciéndole que esas deudas de reconocimiento, no pagadas, proyectarían una sombra en su vida, tan luminosa en adelante. Érale imposible dejar tras de sí tales partidas en descubierto; y quería, antes de entrar alegremente en el porvenir, recibir el finiquito del pasado.

El que Thenardier fuese un infame, no impedía que hubiese salvado al coronel Pontmercy. Thenardier era un bandido para todos, excepto para Mario, que ignoraba la verdadera escena del campo de bata-